

José Francisco Pérez Soto



:: PABLO NOSTI

Un reconocimiento para 'El Jefe'

POR JOSÉ CEZÓN DOMÍNGUEZ

José Francisco Pérez Soto (La Pola, 1948) – 'El Changa', para los de casa; 'El Jefe', dentro y fuera de la cancha– será distinguido en la Gala del Deporte de Siero por sus veinticinco años como árbitro nacional de balonmano, salvo los dos primeros. Pitó unos 2.500 partidos, entre ellos, una final del campeonato de España de Primera División o cuatro amistosos internacionales. Antes fue futbolista del Sariego y del Condal y portero de balonmano en la OJE y El Carmin. Del coraje atribuido a estos cancerberos con chándal, recuerda un tremendo balonazo en la cara, que alteró su fisonomía nasal y le dejó secuelas respiratorias. «Yo antes era más bien chatu», asegura deslizando los dedos por su nariz prominente.

Lo de 'El Changa' se remonta a su personaje de mexicano en una obra teatral escolar. El otro apodo viene de sus terceros tiempos como árbitro; salían a tomar una copichuela y si surgían indecisiones de itinerario, él lo zanjaba: «Vamos a tomar algo donde diga el jefe». Le introdujo en el mundillo su amigo Cani Peña, a quien le estará eternamente agradecido. El mentor era árbitro nacional y acabó heredando su plaza. Destaca que es un deporte «de mucho contacto, mucha educación y un gran respeto». Y subraya el alto índice de universitarios. La clave para salir airoso como referi: generosidad con la ley de la ventaja; el truco: el silbato alejado de los labios. Fue también profesor de sociología para los árbitros más jóvenes,

donde les aconsejaban hasta cómo deberían vestirse. «Tampoco hacía falta ir como pa un karaoke», precisa.

Como la palabra casero no figuraba en su diccionario, protagonizó jugosas anécdotas. Nunca olvidará la de Cangas de Morrazo, adonde volvía tras haber arbitrado la temporada anterior un partido muy caldeado. Coincidió que la primera vez tenía barba y que iba afeitado en su regreso. Pitó un penalti contra los locales, que enmudeció a la turbamulta. Entonces gritó uno desde la grada: «Soto, con barba o sin barba, eres tan hijo de puta como el año pasado». Fue la risión.

Y en Béjar hubo invasión de campo de los suplentes de casa y tuvo que poner orden con exclusiones y descalificaciones. Con el partido interrumpido,

el delegado de campo le comunica que el cabo de la Policía Local quiere hablar con él. Cuando se quedan a solas, el agente del orden le espeta: «Míre a ver lo que pita, que solo estamos usted y yo y en el cuartelillo no tengo a nadie».

Se retiró «con la deportividad del público y jugadores y el cariño de los compañeros». Y recibió un homenaje multitudinario y medallas por doquier. Pudo compaginar el arbitraje con el oficio de matarife en el macelo municipal. Allí trabajó 38 años hasta su jubilación por problemas de salud, que le llevaron dos veces al quirófano. Ahora se siente «como un cañón» o, como dice un amigo, «reparáronlu». Él añade: «Miro por la salud, salgo a andar hora y media, puedo tomar un cubalibre o dos... Y quieto parao».